

EUGENIO GONZALEZ ROJAS

**La Controversia Permanente:  
SOCIALISMO Y LIBERALISMO**

**EL SOCIALISMO  
UNICO FUNDAMENTO  
DE LA DEMOCRACIA**

RAUL AMPUERO DIAZ  
**CARACTER DE LA  
REVOLUCION CHILENA**

PRENSA LATINOAMERICANA S. A.

PRENSA LATINOAMERICANA S. A.  
CASILLA 10430 — SANTIAGO DE CHILE

OBRAS PUBLICADAS

- Oscar Waiss.—Nacionalismo y socialismo en América Latina ..... \$ 250.—
- Julio César Jobet.—Fundamentos del marxismo ..... \$ 220.—
- Raúl Ampuero y Ramón Silva Ulloa.—Una política nacionalista para el cobre ..... \$ 50.—
- Edvard Kardelj.—La democracia socialista en la práctica yugoslava \$ 130.—
- Juan Bosch.—Judas Iscariote, el calumniado ..... \$ 380.—
- Julio C. Jobet.—Recabarren, los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos ..... \$ 400.—
- O. Waiss.—Amanecer en Belgrado  
Edición en papel corriente ..... \$ 300.—  
Edición en papel pluma ..... \$ 600.—
- Dr. Juan José Arévalo.—“Fábula del Tiburón y las Sardinias” ..... \$ 700.—
- Luis González Zenteno.—Los Pampinos (Novela) ..... \$ 800.—

320.5310983

GON



002768

320.5310983

SON

*En el presente folleto insertamos dos discursos y un ensayo de permanente interés sobre los principios fundamentales del socialismo como concepción del mundo, y del socialismo popular como movimiento político chileno.*

*Eugenio González Rojas, senador de la República desde 1949 a 1957, y ex Secretario General Ejecutivo del P. S. P., expone los aspectos más señalados de la doctrina Socialista frente al régimen democrático-burgués y al ideario liberal. Los discursos de Eugenio González fueron pronunciados en las sesiones del Senado del 20 de Octubre de 1953 y del 14 de Mayo de 1957. En esta última, como mensaje de despedida al terminar su mandato de Senador por la provincia de Santiago.*

*Raúl Ampuero Díaz, Senador de la República por las provincias de Tarapacá y Antofagasta, y principal dirigente del P. S. P., enfoca los planteamientos básicos del socialismo con respecto a la naturaleza y objetivos de la revolución chilena.*

*Por su calidad teórica y política, los tres trabajos reproducidos en este folleto poseen una trascendencia indiscutible.*

BIBLIOTECA  
CLODOMIRO ALMEYDA  
2580



EUGENIO GONZALEZ ROJAS

Catedrático Universitario y Escritor,  
ex Senador por la provincia de Santiago.

## SOCIALISMO Y LIBERALISMO. POSICION DEL PARTIDO SOCIALISTA POPULAR FRENTE A LA SITUACION NACIONAL

### LA POLITICA Y EL DIALOGO

Señor Presidente: La política democrática supone un diálogo libre y permanente entre el Gobierno y la opinión pública, y al decir Gobierno uso la expresión en un amplio sentido, aplicándola al conjunto de los Poderes del Estado. Todo diálogo para ser fecundo —en este caso, efectivamente orientador— obliga a una previa definición de los conceptos y a un honrado planteamiento de los problemas en relación con los cuales se promueve el intercambio de las opiniones y se definen las tendencias de los grupos políticos. Gran parte de la confusión que se advierte en amplias esferas de la opinión pública y en el seno del Gobierno resulta acaso de la falta de claridad con que se plantean los problemas nacionales y sus posibles soluciones, y del contenido equivoco de los conceptos al uso en las disputas de los partidos y en las declaraciones oficiales.

Voy a referirme ahora al discurso pronunciado por el Honorable señor Marín en la última sesión de la legislatura ordinaria. Apoyado en un profuso material de referencias históricas, filosóficas, literarias y estadísticas, el Honorable señor Marín —con encomiable esfuerzo para situarse en un nivel de objetividad crítica, que no excluyera la expresión vehemente de sus sinceros ideales— creyó hacer un



enjuiciamiento del socialismo para concluir que, como política, ha fracasado dondequiera se lo haya puesto en práctica, porque, como doctrina, sus principios son contrarios a la naturaleza humana y a las leyes económicas. Más todavía, evidentemente complacido al verse interpretado por un autor que estima valioso, hizo suya esta frase temeraria de Ludwig von Mises: "El socialismo es el destructor de todo lo que penosamente han creado siglos de civilización".

Situándolas en una especie de jerarquía lógica, para simplificar el asunto, aunque altere la secuencia real en que fueron presentadas, me referiré a las principales aseveraciones hechas por el Honorable señor Marín. Tarea difícil, sin duda. Nuestro Honorable colega dice de varias de sus afirmaciones que "son verdades de Pero Grullo, pero parece difícil luchar contra la mentira adulona, la ignorancia y la demagogia que se repite a las masas". Presumo la repugnancia intelectual con que ha debido hacerlas el Honorable señor Marín para cumplir su deber de refutar a los mentirosos, de develar a los aduladores, de iluminar a los ignorantes y de confundir a los demagogos, en cuya oscura cohorte estamos incluidos —a pesar de sus corteses salvedades— todos los socialistas, contra quienes blandió, con la gallardía de quien se siente campeón de causa justa, argumentos que le parecieron decisivos, tajantes, aptos para hendir cualquiera armadura dialéctica, como hendían las del más duro acero aquellos tremendos espadones medioevales, contemporáneos de algunas ideas gratas a Su Señoría.

Deteniéndose un momento en medio de su caudalosa exposición de hechos y de ideas, para apartar de antemano con desdeñoso énfasis, cualquiera inconsculta reacción de la ignorancia siempre audaz, se preguntó: "¿Quién podría de buena fe refutar estas afirmaciones, basadas en el abecé de la economía y en experiencias y estadísticas que están a la luz del día?". Y se respondió, con detonante convicción: "Nadie". Tiene fe, absoluta fe nuestro estimado colega en la verdad de sus afirmaciones, pero como la niebla del error suele ser tan densa en los espíritus obcecados, que no basta para disiparla la luz de una sola inteligencia, por fuerte que ella sea, nos la presentó avallada por autores de distintas épocas y categorías, como Aristóteles y don José María Cifuentes, Macaulay y don Guillermo Subercaseaux, Churchill y Martí, von Mises y

Mac-Iver, el Dr. Schacht y Ortega y Gasset, entre otros. Me olvidaba de los Papas León XIII, Pío XI, Pío XII.

Sí, también los Papas. Y entre ellos, Pío XI, el que expresó en "Quadragesimo Anno", entre muchos conceptos orientadores para el pensamiento católico, los siguientes: "Como la unidad del cuerpo social no puede fundarse en la lucha de clases, tampoco la oportuna organización del mundo económico puede dejarse al libre juego de la concurrencia. De este error fundamental, como de fuente emponzoñada, nacieron todos los errores de la ciencia económica "individualista", la cual, desconociendo el carácter social y moral del mundo económico, sostuvo que éste debía ser tratado en absoluto con total independencia de la autoridad pública, ya que su dirección se hallaba en la libre concurrencia de los competidores y por este medio habría de regirse mejor que por la intervención de cualquier entendimiento extraño. Pero la libre concurrencia, aun cuando dentro de ciertos límites es justa y útil a veces, no puede ser en modo alguno la norma reguladora de la vida económica". No es, como puede advertirse, el de Pío XI un pensamiento concordante con las pretensiones del capitalismo individualista, del liberalismo económico.

#### NUESTRO PUNTO DE VISTA ES HISTORICO

Me permití anticipar, en breve comentario al discurso del Honorable señor Marín, que él, creyendo hacer un análisis exhaustivo, demoledor, del socialismo, no se había referido, sin embargo, en su erudita exposición al socialismo. No creo necesario advertir que está lejos de mi ánimo hacer un juego baladí de palabras y de conceptos. Para mayor claridad, empezaré tratando de fijar nuestros respectivos puntos de vista. El de nuestro severo impugnador es dogmático, es decir, se basa en consideraciones abstractas, absolutas, acerca de la condición del hombre y la naturaleza de las cosas; el nuestro es histórico, es decir, se basa en consideraciones realistas, relativas, inspiradas en la experiencia del continuo transcurrir de la vida humana y de las condiciones en que se desarrolla.

El sentido de la historicidad de lo humano, de su esencial temporalidad, tan característico del espíritu de nuestra época, lleva a una interpretación relativista de la cultura en todos sus órdenes: de las ideas y de las institucio-



nes, de las formas del arte y de las modalidades del Estado, de los sistemas filosóficos y de los regímenes políticos, de las creencias religiosas y las categorías económicas.

Toda ideología —bien lo han puesto de relieve Mannheim y Scheler, entre los contemporáneos, y, antes de ellos, Marx— es producto de una determinada situación histórico-social, como toda política es el resultado de una determinada correlación de las fuerzas y los intereses. Para juzgar, entonces, correctamente una doctrina y una política, hay que “comprenderlas”, penetrar en su intimidad viva, aprehender los valores que entrañan, lo que jamás puede conseguirse si se prescinde de las circunstancias en que ellas aparecen. La manera racionalista, abstracta de juzgar las cosas históricas conduce a esas extrañas tergiversaciones a que alude Spengler —autor por el que nuestro colega manifiesta laudable devoción— cuando critica “el culto tributado por el Club de los Jacobinos a Bruto, millonario y usurero, que en nombre de una ideología oligárquica y con aplausos del Senado patricio, apuñaló al hombre de la democracia”.

Son frecuentes estas tergiversaciones derivadas de una falta de comprensión histórica. Los ideólogos de la Revolución Francesa y, en general, los representantes del racionalismo político, los políticos “metafísicos”, como diría Comte, incurren en ellas con atolondrada complacencia. Aplican sus esquemas lógicos y valorativos —que, modestamente, estiman de alcance universal y eterno— a las más disímiles circunstancias para equiparar —valgan los ejemplos por lo repetidos— la democracia antigua a la democracia moderna, con olvido de las bases reales de la una y de la otra, y hablan de la llamada Edad Media, la época de poderosa germinación de la gran cultura de Occidente, como de una época tenebrosa, digna del vilepéndio de los espíritus esclarecidos, porque en ella no existieron el régimen parlamentario y la educación de masas.

Sólo para efectos oratorios es comprensible que se califique de “socialistas” a los regímenes de la Esparta de Licurgo, de la Roma de Diocleciano y del Imperio de los Incas. El socialismo no es creación antojadiza de ilusos contumaces, ni de demagogos resentidos, ni de gobernantes arbitrarios, creación que haya podido darse en distintas épocas y en distintas sociedades. El socialismo es un producto natural de la evolución del capitalismo que, a su

vez, aparece en la historia de la moderna sociedad occidental. ¿Podría sostenerse seriamente que el capitalismo ha existido siempre, que fueron capitalistas las sociedades antiguas —exceptuando, naturalmente, a la Esparta de Licurgo y a la Roma de Diocleciano, que nuestro Honorable colega califica de “socialistas”—, que el capitalismo es eterno porque él y sólo él se acomoda a la condición del hombre y a la naturaleza de las cosas? No creo que ése pueda ser el pensamiento auténtico de nuestro ilustrado impugnador, porque sería atribuirle una radical incomprensión de la dinámica de las sociedades, de las realidades de la historia.

### ¿ES INMUTABLE LA NATURALEZA HUMANA?

Para justificar su defensa del capitalismo, nuestro Honorable colega ha recurrido, no obstante, a las características de la naturaleza humana, entre las cuales el afán de utilidad, de ganancia, de lucro, el afán egoísta de bienestar individual será el motor insustituible del progreso económico. Me atrevo a pensar que el Honorable Senador por Atacama y Coquimbo ha hecho esta afirmación con secreta tristeza. Porque es una afirmación sobremanera pesimista que contraría crudamente —no me cabe duda— su conciencia de cristiano. ¿Existe una “naturaleza humana” tan inmodificable en su primitivismo ético, ajena al devenir histórico, la misma sean cuales sean las condiciones sociales y culturales? ¿Qué sentido tendría, entonces, el mensaje de superación moral del cristianismo, la voluntad de lucha contra el mal que se afirma en su fe militante? Todo eso entraría en el círculo de las grandes ilusiones generosas que pueden realizarse, acaso, en seres de excepción, alejados del mundo, pero que no tendrán ninguna eficacia en la determinación de actividades colectivas.

¿Es eso lo que piensa nuestro Honorable colega? La historia misma y la evolución social lo desmentirían para regocijo de sus sentimientos de cristiano, en pugna, esta vez, con sus opiniones de político. Con perdón de mis Honorables colegas, por exigencias de mi exposición, también me veo obligado, como el Honorable señor Marín, a repetir cosas demasiado sabidas desde Aristóteles por quienes han estudiado los problemas del hombre. Siendo el hombre un ser social, su vida se define en relación con



la de sus semejantes. La sociabilidad esencial del hombre implica la subordinación de sus instintos divergentes a imperativos de conveniencia mutua. Tan radicales son en el hombre los impulsos egoístas como los impulsos altruistas y la prevalencia ulterior de estos últimos es el sentido que tiene —si alguno tiene— la evolución de la sociedad y de cultura. ¿Hemos de rechazar por contrarias a la naturaleza humana las restricciones del derecho penal, porque existen impulsos agresivos en el hombre? ¿Hemos de considerar contrarias al “orden natural de las cosas” las exigencias de justicia distributiva del derecho social porque en el hombre existe la codicia, el afán de lucro individual, motor del progreso económico según la escuela clásica?

La tan mentada naturaleza humana no es una entidad intemporal, inmutable; es también, en gran medida al menos, una variable histórica. “La historia entera —escribía Marx, en su conocida crítica a Proudhon— no es más que una constante transformación de la naturaleza humana”. Sobre el fondo de tendencias y disposiciones que la constituyen, se va configurando de diversas maneras, según las circunstancias y las épocas. El individuo como sujeto de derechos y de deberes que colocan en la base de su abstracta sociología los teóricos del liberalismo, ha resultado de un largo y penoso proceso de acumulación de experiencias, de paulatina liberación de presiones naturales y sociales, de lenta diferenciación de conciencias moralmente autónomas en el seno de la conciencia colectiva. El individuo como tal no existe sino por la sociedad. El mismo Adam Smith, en su “Teoría de los sentimientos morales”, para poner de relieve el carácter fundamental de la economía hace ver como el hombre y sus intereses son productos del medio social. Estas son cosas, como he dicho, demasiado sabidas; pero debo reiterarlas, para esclarecer mejor nuestra posición socialista.

### SIGNIFICACION DEL LIBERALISMO ECONOMICO

Habló, también, el Honorable señor Marin, del orden natural económico. Entiendo que aludió al concepto de un orden natural económico que tuvieron los fisiócratas y la escuela clásica. Aquí tenemos, entonces, a nuestro estimado colega regodeándose en la compañía prestigiosa, aunque anacrónica, de Quesnay, de Mercier de la Rivière, de Dupont de Nemours, del abate Bandeau, de Turgot y, so-

bre todo, en la muy reconfortante de Adam Smith, el gran teórico y sistematizador de la ciencia económica. Habría que incluir, en seguida, en este elevado convivio intelectual, otras respetables sombras del pasado: David Ricardo y J. B. Say, por ejemplo, y Bastiat, con sus “armonías económicas”. Tal vez, Stuart Mill, que tanta influencia ejerció en los países anglosajones, le parezca a nuestro Honorable colega un tanto temerario y quizás un poco demagógico cuando en sus “Principios de Economía Política con algunas aplicaciones a la Filosofía Social”, aceptando que las leyes de la producción son naturales, sostiene que las leyes de la distribución, en cambio, caen dentro de la esfera de “control” de la voluntad humana y están sujetas, por lo tanto, a las regulaciones que el interés social establezca en cada circunstancia.

¿Qué puede aceptarse, a la luz de la experiencia social y del análisis científico, de las teorías del liberalismo económico? Juzgadas desde el punto de vista nuestro, ellas fueron la expresión “ideológica” de una situación histórica: constituyeron, en el plano intelectual, una impostergable reacción contra las ya caducas concepciones mercantilistas que orientaban la política económica de los modernos Estados nacionales. Eran fórmulas adecuadas para la expansión de las nuevas fuerzas de la economía capitalista y correspondían, además, a tendencias predominantes en el pensamiento científico. El concepto de ley puesto en la base de la interpretación de la naturaleza por la ciencia experimental, en acelerado avance desde Galileo, había de aplicarse, también, a la interpretación de la sociedad, sujeta a exigencias “liberales” por sus energías económicas en desarrollo.

Seguramente, rezagados doctrinarios del mercantilismo —tardíos epígonos de Antonio Serra y de John Locke— estimaron entonces que las reformas propuestas por los “economistas” contrariaban las conveniencias permanentes de los Estados y abrían paso a lamentables perturbaciones del orden; pero, aunque el espíritu de rutina es poderoso elemento de contención que logra retardar y, a veces, torna dramáticas las transformaciones sociales, el movimiento histórico sigue, por último, su curso, de acuerdo con sus leyes propias contra las cuales nada pueden los esfuerzos de los románticos del pasado ni los sueños de los utopistas del porvenir. Porque —y en esto mi acuerdo con el Honorable señor Marin es completo, lo que me ha-



laga, así como me complace de veras comprobar su aceptación del criterio científico en punto de tanta importancia— la sociedad, como la naturaleza, obedece a leyes, leyes de estructura y de funcionamiento, pero en ningún caso leyes que puedan reducirse a “esquemas mecánicos”, como las que expresan las relaciones del mundo físico.

El hombre es un producto de la historia; no obstante, es el hombre quien hace la historia dentro de las condiciones que él mismo va creando en el proceso de la cultura. La economía clásica formuló las leyes del capitalismo y señaló las bases de su desarrollo en la etapa inicial: propiedad privada sobre los medios de producción, amplia libertad en el manejo de las empresas, fomento de la iniciativa individual y de la competencia, limitación de la actividad del Estado al mínimo compatible con la seguridad pública. El bienestar colectivo surgiría como efecto natural del juego libre de los esfuerzos individuales; la armonía económica se lograría espontáneamente, suprimiendo cualquiera ingerencia perturbadora del poder político. Pronto —puede decirse que en cuanto comenzó a difundirse como doctrina y a practicarse como política— el liberalismo económico fue objeto de impugnaciones teóricas y de ataques concretos, en sus bases y en sus consecuencias.

Desde diversos frentes, a lo largo del pasado siglo, se mantuvo la ofensiva polémica contra el liberalismo económico. Dejo a un lado las críticas al liberalismo político y filosófico que pertenecen a otro orden de consideraciones. La “escuela histórica” rechazó el liberalismo económico —dice Barnes y Becker, en su documentada “Historia del Pensamiento Social”— “porque generalizaba demasiado y tenía una excesiva confianza en la aplicabilidad universal y eterna de sus leyes económicas. Las teorías económicas —sostenía la “escuela histórica”— tienen que cambiar con las alteraciones históricas producidas en la constitución económica de la sociedad”. La ofensiva política contra el liberalismo económico fue llevada en Inglaterra, donde con mayor vigor se manifestaba la revolución industrial, por el partido “tory”, cuyo desprecio social hacia la nueva clase mercantil, que vulneraba sus tradiciones y sus intereses, encontró la justificación de propósitos humanitarios para sus proyectos legislativos en favor del trabajo de los obreros, las mujeres y los niños en las fábricas.

La deshumanizada concepción de leyes económicas in-

mutables —que no eran otra cosa, como se ha dicho, que las leyes del gran capitalismo industrial en su fase primera—, leyes en cuyos marcos rígidos quedarían sofocadas exigencias fundamentales de la conciencia moral, hubo de provocar también el rechazo de eminentes representantes del poder espiritual; sacerdotes de las iglesias cristianas, pensadores y maestros, escritores y artistas, de orientaciones ideológicas dispares, pero concordantes todos en la estimación de la dignidad humana. El señor Marin ha citado a Macaulay, en apoyo de su tesis. Admiro los ensayos políticos y biográficos de Macaulay, la elevación de su estilo que linda a menudo con lo majestuoso; pero, como intérprete de la nueva época y de sus angustiosos problemas, prefiero entre los ingleses a Carlyle, por su patético repudio del sórdido utilitarismo de la sociedad industrial; a Ruskin, por su visionario idealismo imbuído de afares de belleza; a Dickens, por su generosa y comunicativa simpatía humana.

Pero la gran reacción contra los males del industrialismo capitalista tenía que producirse en las masas obreras que el nuevo régimen económico condenaba —en razón de las “inflexibles” leyes de la producción y el intercambio de la riqueza— a una situación en muchos aspectos más terrible que la del esclavo antiguo y la del siervo medioeval. A lo largo del siglo XIX, sobre todo a partir de la Revolución de 1848, se suceden los movimientos obreros, se constituyen grandes organizaciones sindicales y aparecen los partidos socialistas. El socialismo va definiendo una doctrina cada vez más orgánica frente al individualismo económico de la burguesía liberal y, conjuntamente, se robustece como fuerza política que tiende al perfeccionamiento del sistema democrático.

## LIBERALISMO POLITICO Y SOCIALISMO DEMOCRATICO

Dije en mi breve comentario al discurso del señor Marin —y a más de alguien tal vez pareció antojadiza paradoja— que no se había referido precisamente al socialismo, y agregué que en varias afirmaciones hechas por él desde su punto de vista liberal, podríamos concordar nosotros desde nuestro punto de vista socialista. Debo intentar probarlo. Al hacerlo, tendré ocasión de reiterar —del modo más sintético que me sea posible para no abusar demasiado de la paciencia de mis Honorables colegas— los



fundamentos de nuestra doctrina y las orientaciones de nuestra política. He de referirme, primero, a algo que expresó el señor Marín en el comienzo de su disertación y que me parece de mucha importancia.

“Quiero partir de la base —dijo— de que al dar a los hombres mayores beneficios materiales no se le arrebaten los beneficios morales que ha alcanzado la humanidad en su marcha ascendente. No se concibe satisfacción material alguna sin libertad”. Y, reforzando el concepto, añadió una cita primorosa: “El pájaro prefiere la libertad a la jaula de oro”.

¿Quién, sin ser un retrógrado obtuso, de frágil conciencia moral, o un sectario de místicas delirantes, podría estar en desacuerdo con el señor Marín en este punto? Los socialistas no tenemos, sin embargo, de la libertad un concepto metafísico como los ideólogos de la burguesía liberal, lamentablemente aficionados a suplantar las realidades de la historia por entidades de la razón. Dice, al respecto, el Programa de nuestro Partido: “El hombre, que es el valor por excelencia, aparece hoy día convertido en un mero resorte de la prodigiosa maquinaria industrial, y la producción de riquezas materiales, en vez de servir a las necesidades colectivas, se ha convertido por sí misma en un fin. El socialismo quiere rescatar al hombre de esa servidumbre en que se encuentra”.

Más adelante, insiste nuestro Programa en conceptos tan claros como los siguientes: “El socialismo es, en su esencia, humanismo. A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras. El socialismo recoge para superarlos —y no para destruirlos—, todos los valores de la herencia cultural. El socialismo recoge las conquistas políticas de la burguesía, para darles la plenitud de su sentido humano. Todo régimen político que implique la regimentación de las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre es también incompatible con el espíritu del socialismo. El socialismo no acepta, en ninguna forma, la deificación del Estado. El socialismo rechaza la concepción totalitaria del Estado, etc.”. Las citas de la misma índole podrían multiplicarse.

Es decir, no hay oposición entre el liberalismo político

y el socialismo democrático. Por el contrario, el socialismo democrático quiere hacer efectivas para todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, las realizaciones de la burguesía liberal en el orden político y, para conseguirlo, considera necesario extender a todos los hombres, sin distinciones de ninguna especie, la seguridad económica. “La democracia política —escribe Pierre Lenoir, un claro expositor del ideario socialista— organiza el poder político a fin de establecer la soberanía popular. La democracia económica persigue el mismo fin en lo que concierne al poder económico. Una y otra se inspiran en el ideal de la autodeterminación del pueblo, y en este sentido no hay diferencias entre ellas, puesto que la soberanía popular es tan inconciliable con la servidumbre como con la miseria. La democracia política significa que todos los ciudadanos tienen los mismos derechos y los mismos deberes hacia la comunidad. La democracia económica significa que cada uno tiene las mismas posibilidades de ejercerlos y que nadie puede utilizar su fortuna en detrimento de la comunidad”.

#### EL SOCIALISMO NO PRETENDE BUROCRATIZAR LA ECONOMÍA

¿De qué manera habrá de hacerse efectiva la seguridad económica —según el socialismo— sin que sufra menoscabo la libertad política? ¿Cómo habrá de realizarse la socialización de los medios de producción y de cambio que el socialismo considera necesaria para llegar a un verdadero ordenamiento económico? Frecuentemente —y en esta equivocación ha incurrido el Honorable señor Marín— se identifica la política socialista con el intervencionismo estatal, mejor dicho, con la **burocratización de la economía**, y se sostiene que el socialismo supone inevitablemente la absorción del hombre por el Estado, que la libertad política, base del sistema democrático, sólo puede darse acompañada de la libre iniciativa económica sustentada en la propiedad privada y que, por lo tanto, cualquiera forma de planeamiento técnico y de organización social de las actividades productoras y distribuidoras de bienes y servicios conduce a la regimentación política y aun espiritual de los ciudadanos.

Ni en la teoría, ni en la práctica, ni como doctrina, ni como política corresponde el auténtico socialismo a esta



deformada imagen que de él propalan sus detractores. Ninguno de los grandes pensadores socialistas ha concebido la absorción de la sociedad por el Estado, sino, a la inversa, la extinción del Estado —por lo menos en su forma coercitiva, policial y burocrática— en una sociedad sin clases económicas. La progresiva identificación de la sociedad con el Estado es un fenómeno notorio en la historia contemporánea. El socialismo quiere contribuir a que se realicen con prevalencia de los valores, las relaciones y los organismos de espontánea cooperación que caracterizan a la sociedad sobre los valores, las relaciones y los organismos de poder que son propios del Estado.

El socialismo no pretende, pues, "estatizar" la economía. El señor Marín hizo suyas las palabras de Pestalozzi: "No hay que estatizar al hombre sino humanizar al Estado". Algo semejante dice el socialismo con relación a la economía: No hay que estatizar la economía sino socializarla, es decir, humanizarla. Es bien sabido que cuando el Estado se hace cargo de determinados servicios se comporta frente a los trabajadores como un empresario cualquiera, y los trabajadores, a su vez, se mantienen frente al Estado en virtual actitud de lucha, como si se tratara de un empresario particular. De ahí que se produzcan los mismos conflictos sociales en las empresas privadas y en las empresas "nacionalizadas", es decir, estatizadas. Huelgan los ejemplos. La administración directa de empresas, por parte del Estado a través de la burocracia tramitadora y lenta por esencia, es una forma casi siempre dispendiosa y, generalmente, ineficaz de capitalismo público.

El socialismo es otra cosa. No aspira el socialismo a reforzar el poder político del Estado con el manejo del poder económico. No pretende el socialismo que sea el Estado quien planifique, regule y dirija los complejos procesos de la producción y distribución de bienes y servicios. No se propone el socialismo levantar sobre las ruinas de las empresas privadas a una especie de gran empresario que sería el Estado burocrático y policial. Por el contrario, quiere el socialismo que los propios trabajadores y técnicos, a través de sus organizaciones, planifiquen, regulen y dirijan, directa y democráticamente, los procesos económicos en beneficio de ellos mismos, de su seguridad, de la sociedad real y viviente. Para el socialismo es tan imperativa la defensa de los intereses y los valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal co-

mo frente al poder económico del capitalismo monopolista.

¿Quién podría impugnar las observaciones en que abunda el señor Marín respecto de la necesidad de incrementar la producción como base de cualquier política económica? No constituyen precisamente novedades las opiniones del "distinguido economista chileno", a cuya autoridad recurrió al comienzo de su disertación. El socialismo está muy lejos de querer la destrucción del capital que —como dice el "distinguido economista chileno", con sagacidad digna de mayor encomio— es un factor indispensable de la producción que ningún régimen económico puede suprimir; es un producto del trabajo que no se consume, trabajo cristalizado; una riqueza que se ahorra y se guarda para invertirla después y producir otra riqueza. El socialismo aspira, justamente, a desarrollar el capital, en cuanto fuerza productora, para aumentar las disponibilidades de bienes y servicios en términos que hagan eficaces sus principios de seguridad humana y de justicia distributiva. No tiende su política a disminuir la renta nacional "per capita", a que tanto aludió el señor Marín, sino a aumentarla; **no quiere el socialismo socializar la miseria, sino el bienestar.**

Aquí nos encontramos con el problema de la propiedad privada. Limitándome a recordar que también la propiedad es una "categoría histórica" y, por lo tanto, se presenta en diversas formas según las circunstancias y las épocas, debo insistir en que el socialismo sólo rechaza la propiedad privada de los medios de producción en cuanto representan un poder económico y tienen un alcance social. El fin de la propiedad es la seguridad frente al porvenir, y cuando la forma en que se ejerce deja de servir a tal fin, se impone su modificación. Es lo que está sucediendo en la sociedad capitalista; la propiedad privada de los medios de producción —útil al progreso económico durante largo tiempo— se ha hecho incompatible con las nuevas exigencias de la vida económica.

Para defender la propiedad privada de los instrumentos de producción social, se arguye que únicamente a base de ella pueden funcionar la iniciativa individual y la competencia libre, sin las cuales la vida económica se estancaría. Sin embargo, dentro de la actual fase de desarrollo de la economía capitalista, sólo de manera muy precaria —me refiero, naturalmente a los grandes países industriales— existen la competencia libre y la iniciativa indi-



vidual; los patrones de antiguo estilo, impulsados por una fuerte voluntad de lucro personal, señores todopoderosos de lo que fue, hasta no hace mucho, una especie de nuevo feudalismo, han cedido su sitio a los expertos, a los "directores" de que habla Burnham, que no tienen la propiedad de las empresas, pero les hacen producir con creciente eficacia técnica. Por otra parte, las organizaciones de dueños de capital y las organizaciones de los asalariados reducen, cada vez más, las posibilidades de la competencia libre.

### EL INTERVENCIONISMO ESTATAL EN LA ECONOMIA

Los puntos de contacto, en sus "formas reales", entre los sistemas doctrinalmente opuestos del capitalismo y del socialismo resaltan a un somero análisis de los hechos contemporáneos. "Ni aun en la época de apogeo del capitalismo —escribe Laufenburger, autor citado como autoridad por el Honorable señor Marín— se ha visto realizado el ideal de la libertad y del individualismo. Por otra parte —agrega— el socialismo no ha sobrepasado la etapa de un principio de ejecución". Me parece casi superfluo mencionar los hechos que abonan este juicio: dentro de los países capitalistas, la política aduanera, fiscal, monetaria y social, ha puesto límites al ejercicio de la propiedad privada y al empleo de los instrumentos de producción, como asimismo a los resultados de la actividad económica particular; dentro de la Unión Soviética se ha aplicado, en cambio, la técnica capitalista, no sólo en la mecanización industrial y en la organización financiera, sino también en lo que se refiere a la contabilidad y rentabilidad de las empresas, a la determinación de precios y a los regímenes de trabajo y de salario.

Presionado conjuntamente por las organizaciones capitalistas y las uniones sindicales, y por el aumento de su propia complejidad funcional, el Estado moderno ha ido acentuando su intervención reguladora en los procesos económicos. Ha necesitado estar "en forma" para superar sus periódicas crisis internas y para hacer frente a las contingencias de la política exterior. Entre las dos guerras mundiales, fórmulas de intervencionismo estatal, de economía dirigida, de capitalismo y socialismo de Estado, de corporativismo, etc., se tradujeron en modificaciones institucionales y en ensayos políticos de considerable importancia.

La crítica del Honorable señor Marín se ha referido precisamente al intervencionismo del Estado porque entre otras cosas negativas, pone en peligro la capitalización de los países para alcanzar efectos de alcance político en la distribución de la renta nacional.

Los liberales —no creo necesario advertir que los tomo como especie política, sin intención de aludir a nadie en particular, menós al Honorable señor Marín— protestan académicamente de la intervención del Estado en la economía, pero se apresuran a solicitarla cuando se trata de la defensa de sus capitales y de sus beneficios. ¿Algún empresario liberal, en ufano alarde de ortodoxia ha rehusado los subsidios del Estado, por medio de bonificaciones, cambios preferenciales y precios remunerativos? ¿Hay alguno que por "respeto a la doctrina", convencido de que "el mejor Estado es el más barato y el que actúa menos", se haya negado a participar en organismos económicos de los cuales el Estado es socio? El Estado es para los liberales —y en esto podríamos estar de acuerdo en términos generales, con respecto a la burocracia— mal industrial y mal comerciante, pero deja de serlo cuando une sus recursos a los recursos de los particulares, abriendo a éstos mejores perspectivas de ganancias.

Los socialistas, en cambio, buscamos la intervención del Estado, dentro del régimen económico-social imperante, cuando se trata de la defensa de los trabajadores y del trabajo, aunque en principio no queremos tampoco que la economía nacional se convierta en esfera de la acción del poder político. Comprendemos, sin embargo, que este principio no puede razonablemente aplicarse en los países que necesitan acrecentar con rapidez sus fuerzas económicas, "quemando" etapas, ni en situaciones de crisis que exigen un empleo coordinado y total de los recursos nacionales, públicos y privados. La historia contemporánea ofrece impresionantes ejemplos de aceleradas transformaciones económicas mediante la intervención del Estado: de tipo socialista, como en la Unión Soviética, y de tipo capitalista, como en el Japón y Turquía. Para los países latinoamericanos, de incipiente capacidad industrial y en estado de crisis, la exigencia de una política económica técnicamente planificada se torna perentoria.

La intervención del Estado en la economía, en cualquiera de sus formas —total o parcial, directa o indirecta, de sentido capitalista o de intención socialista— es sólo un



medio cuyo valor dependerá de las circunstancias en que se emplea. No es contraproducente o provechosa en sí misma. Por lo demás, son siempre las necesidades económicas, sociales y políticas las que deciden en esta materia. He querido dejar en claro que los socialistas no somos "doctrinarios" del intervencionismo estatal, que no propiciamos el absurdo económico de reemplazar a los productores por funcionarios y a los técnicos por políticos. Los socialistas queremos —repito— una economía para el hombre, no para el Estado.

### EFEECTO DEL INTERVENCIONISMO EN NUESTRO PAIS

¿Ha sido útil o perjudicial en nuestro país la intervención del Estado en la economía? Está nuestro país en condiciones de alcanzar, mediante las iniciativas privadas, un equilibrio dinámico de sus recursos económicos que asegure el mejoramiento de los niveles de vida de su población, a la vez que le permita liberar paulatinamente sus materias primas del "control" imperialista? Nuestra capitalización es, sin duda, baja; pero ¿se debe ello a la intervención del Estado en la vida económica, al peso de un sistema tributario que reduce las posibilidades de ahorro del sector privado, al entorpecimiento de las actividades creadoras de riqueza por engorrosos "controles" burocráticos, a una prematura extensión de los servicios de seguridad social? ¿No será ello, más bien, el efecto de la anarquía reinante en el sector privado, del predominio en él de un afán de lucro fácil, de la ausencia de mentalidades verdaderamente "capitalistas" emprendedoras, audaces, la falta de previsión, las inversiones desmedidas en consumos suntuarios, factores negativos a los que se añade la acción del Estado cuando es incoherente en sus medios y vaga en sus fines y se ejerce a través de mecanismos burocráticos desconectados de la realidad económica?

De larga discusión sería el problema que señalo. En todo caso, digan lo que digan los "porcentajes" y guarismos basados en el análisis de la renta nacional, a que tan aficionados se muestran hoy día los economistas y a los que recurren los políticos para dar a sus discursos un aire de rigor científico, nuestro país —a pesar de los errores cometidos por sus dirigentes, de las intervenciones estatales inconsultas, de las iniciativas anárquicas, tanto en el

sector público como en el sector privado, del lento ritmo de aumento de la capitalización, de la debilidad orgánica del capitalismo criollo, etc.— ha progresado económicamente durante los últimos decenios y la vida colectiva, tomada en su conjunto, ha mejorado de un modo considerable: las bases para una planificada industrialización están echadas, existen mejores servicios de salud pública y de seguridad social, la democratización de nuestras instituciones es notoria; la justicia en las relaciones del trabajo ha hecho avances de significativo valor, la educación pública muestra una ampliación constante.

Estos son hechos más fuertes que las interpretaciones de las estadísticas. Los gobiernos de Izquierda —aunque sólo lo han sido en forma muy condicionada por los intereses creados y los prejuicios tradicionales— han acrecentado nuestro patrimonio material de bienes y servicios, y nuestro patrimonio institucional, de realizaciones tendientes a la dignificación del hombre y del trabajo. De ahí que la labor de todas las últimas administraciones aparezca, cuando se juzga con criterio objetivo, íntimamente solidaria. Por razones circunstanciales de polémica, suele desconocerse la continuidad de los regímenes que se suceden en un proceso democrático. Como la política se hace para mejorar el presente y preparar el porvenir, un gobierno se justifica por su obra, y en ningún caso por los desaciertos de sus predecesores; pero tampoco es justo criticar la acción de un gobierno sin tomar en cuenta las condiciones en que ha debido emprenderla.

### LA CRISIS NACIONAL Y EL NUEVO REGIMEN

No podría desconocerse que ha habido, en nuestro país, durante los últimos decenios, un progreso general: desordenado, con despilfarro de recursos por falta de una política de conjunto, bien orientada dentro de una perspectiva amplia, más superficial que de fondo en ocasiones, de notorios desequilibrios, pero innegable y rápida en aspectos fundamentales de la realidad nacional. Mediante nuestra escasa capitalización no habría sido posible obtener grandes cosas en un proceso natural de crecimiento. Ha sido necesario insuflar energías artificiales a nuestro organismo económico débil y dependiente, además, de un modo sustantivo, del mercado internacional y del "control" imperialista. So-



metido a una tensión extraordinaria, tenía que resentirse y entrar en un período de crisis. La aceleración del proceso inflacionista fue colocando al país en una situación de apremio, en una dramática encrucijada de su destino.

Conjuntamente con la desarticulación de la economía, la agitación contradictoria de los gremios, la infecunda pugna de los partidos y el descenso de la moral pública y privada, aparecían como los síntomas resaltantes de esta profunda perturbación de la sociedad chilena. Era necesario algo más que un ordinario cambio político: un reajuste general y orgánico, sobre la base de nuevos ideales, nuevas instituciones, nuevos dirigentes. Es decir, una gran política de sentido trascendente, creadora, ajena a consideraciones transitorias de pueriles ventajas electorales y administrativas, y a la presión de los grupos de intereses nacionales y extranjeros, contrarios a la conveniencia pública. El poderoso movimiento de opinión que triunfó en las urnas hace un año, el 4 de septiembre, expresó esta necesidad colectiva —oscura, pero ineludible—, esta esperanza nacional —difusa, pero apremiante—.

La fuerza que llevó a la Presidencia de la República al General Ibáñez emanaba de un estado de espíritu de las masas: no era una fuerza propiamente política, capaz de ofrecer soluciones convergentes a los múltiples problemas chilenos. Ahora bien, sobre la base de un "estado de espíritu" no se puede hacer política democrática, que requiere el encauzamiento de la opinión pública en sus órganos regulares de expresión y de acción: los partidos políticos. Los movimientos independientes improvisados en la campaña electoral como reacciones ocasionales contra los "vicios de la politiquería", sólo pueden tener un destino efímero vinculado a intereses personalistas, si no logran convertirse, a su vez, en nuevos partidos políticos. Tarea básica del régimen que se instauraba, hubo de ser la transformación de un estado de espíritu —el ibañismo— en un instrumento de política. Todos los esfuerzos hechos en este sentido han terminado en el fracaso.

La heterogeneidad del movimiento que lo generó tenía que reflejarse en la composición del Gobierno. Así, la acción de Su excelencia el Presidente de la República se vio entorpecida, desde un comienzo, por una densa maraña de ambiciones y de intrigas. Hasta grupos minúsculos, sin importancia política alguna, han pugnado por colocar a

sus dirigentes dentro del Gobierno y, naturalmente, dentro de la Administración, exhibiendo los mismos vicios y los mismos apetitos execrados en los viejos partidos por la opinión pública. Durante varios meses, el trabajo de los Ministerios fue inconexo y la política gubernativa dio la impresión de un permanente tanteo. Por último, ya en las postrimerías de la vigencia de las Facultades Extraordinarias —que habían permanecido, hasta entonces, prácticamente inactivas— se organizó un Gabinete más homogéneo y más dinámico en el cual responsabilidades fundamentales recayeron en hombres de nuestro Partido.

Los socialistas —cuya presencia en el Gobierno llenaba de patriótica alarma al señor Marín— no fueron, por supuesto, a hacer socialismo, como él parecía temer. Precisamente, porque eran Ministros socialistas, procedieron con valeroso realismo. Para que una transformación socialista de la economía sea posible, se requiere cierto grado de desarrollo de las fuerzas productoras y cierto nivel de cultura social. Por eso, los socialistas somos partidarios de una política de estímulo a las empresas genuinamente productoras. Naturalmente, no podrá pretenderse que, a esta altura de nuestra evolución democrática, el capitalismo nacional opere con prescindencia de las conquistas de los trabajadores y al margen de las regulaciones impuestas por el interés público. Analizadas con criterio objetivo, las medidas económico-financieras propiciadas por nuestros Ministros correspondieron a una concepción técnicamente correcta, y, aun más, obedecieron a necesidades inaplazables. Personeros del fondo Monetario Internacional, nada sospechosos de inclinaciones socialistas, así lo han estimado.

Nuestro Partido ha dejado sus responsabilidades de Gobierno. No lo ha hecho por circunstancial alarde, sino por rectitud política. Nuestro Partido fue al Gobierno para que se hiciera efectivo lo que el país reclamaba: **un nuevo estilo de la acción pública, caracterizado por la claridad de los objetivos que se persiguen, el honesto cumplimiento de los propósitos que se enuncian y la consecuencia de las actuaciones que se emprende.** Nuestro Partido fue al Gobierno con la voluntad de contribuir a que se pusiera en obra el Programa ofrecido a la ciudadanía antes del 4 de septiembre del año pasado. Programa realista y serio que puede concitar en su favor no sólo el apoyo de los victoriosos, sino también de gran parte de los derrotados en



aquella jornada cívica. Nuestro Partido luchó constantemente por su realización dentro del Gobierno, afrontando las incompresiones; ahora, seguirá luchando fuera del Gobierno con la misma perseverancia.

### HAY QUE CONSOLIDAR NUESTRA DEMOCRACIA

Hay que consolidar nuestra democracia y reconstruir nuestra economía. Sobre todo, hay que restablecer nuestra moral. Está a la vista un serio relajamiento del espíritu público, de los sentimientos de disciplina y responsabilidad, de la voluntad de trabajo, de cooperación y de servicio, de respeto a valores esenciales de la convivencia y, como contrapartida lamentable, dentro de todas las categorías sociales, un desenfreno de los apetitos egoístas, de los afanes de lucro fácil, de los impulsos de mezquino utilitarismo, de las tendencias más pugnaces y más contradictorias. Individuos, gremios y partidos parecen atender sólo a sus propios intereses y, todavía, a sus intereses inmediatos, que suelen no ser, bien mirados, sus verdaderos intereses. Perdida la fe en sí mismo, carente de ideales superiores de vida, el chileno medio de hoy mira hacia el Estado, hacia el Gobierno, como a una especie de Providencia de la que todo cabe esperar.

Es urgente iniciar un proceso de severa y sincera clarificación de la política. La línea divisoria entre la Oposición y el Gobierno no pasa por los puntos en que realmente divergen los intereses económicos y las tendencias políticas. El Gobierno carece por eso, de una sólida base y la Oposición, de una consistencia eficaz. ¿Qué significan para el destino nacional las querellas internas de las directivas partidistas, las ambiciones de figuración de personajes ocasionales y sus ajetreos publicitarios en torno a situaciones de Gobierno? ¿Tiene sentido una Oposición que se haga para "capitalizar el descontento" con vista a comicios electorales todavía lejanos, como si la política fuera simplemente el arte de ganar elecciones? ¿Revisten alguna importancia para la salvación de la crisis en que el país se debate, los acuerdos y votos, hinchados casi siempre de fatigante retórica, de asambleas y convenciones, las maniobras de candidatos prematuros y de sus equipos? ¿Será normal que se contradiga desde el Gobierno lo que se ha sostenido desde la Oposición?

¿Es eso la política? ¿Simple juego de mentiras convencionales en la lucha por el poder? Si así fuera, si se tratara del poder por el poder, si no hubiera nada trascendente al poder mismo, la democracia carecería de sentido. Pero la política en una democracia es otra cosa, debe ser otra cosa: actividad de creación de las formas en que ha de dignificarse cada vez más la vida del hombre, función de servicio de las necesidades y las aspiraciones del pueblo. Para hacerla, hay que tener una cabal comprensión de las realidades y las posibilidades del país, y también claros principios y normas para orientar la acción. Hay que atenerse, en política, fundamentalmente a los hechos, pero situándolos en una perspectiva. El realismo sin principios se agota, por lo común, en una política de arbitrios superficiales, oportunistas; el doctrinarismo sin respeto por la realidad conduce, por su parte, inevitablemente al fracaso.

Ni lo uno ni lo otro. Chile está reclamando de sus dirigentes una política de firmes contornos, una acción creadora y de servicio que movilice las energías públicas y privadas para la realización de objetivos concretos, tanto en el orden nacional como en el orden internacional. Nada de fondo se conseguirá con simples cambios en los equipos ministeriales. Este gobierno, ni gobierno alguno, podría resolver **por su solo esfuerzo**, los problemas que se plantean al país. Necesita el respaldo activo de una opinión consciente, por medio de las organizaciones políticas. Quienes deciden en la política de una democracia son los partidos. Pensar de otra manera sería desconocer las experiencias de la historia y entregar a las ilusiones del mesianismo. ¿Qué régimen podría asentarse en la presunta existencia de una especie de vínculo místico entre la persona del Jefe del Estado y la informe voluntad de masas libradas a sí mismas? Sólo un régimen anormal que conduciría indefectiblemente a la dictadura, primero, y a la anarquía, después, para llegar, mediante penosas experiencias y transitorias reacciones, a la reconstrucción del orden jurídico.

¿Existe algún obstáculo insalvable para que los partidos de avanzada social, afines en sus concepciones económicas, coincidentes en sus principios libertarios, similares en sus métodos políticos, representativos, en su conjunto, de la inmensa mayoría nacional, encuentren las bases positivas de una acción solidaria en el Parlamento y en el Gobierno? ¿Qué les impide revisar juntos, con intención constructiva,



perfeccionándolo, en cuanto sea práctico, el Programa de Septiembre, para impulsar en seguida su realización desde el Gobierno y el Parlamento, en un ambiente de amplia unidad democrática? Y si se alcanza esta integración política de los partidos de avanzada social, ¿no sería posible conseguir que representantes directos y responsables de las organizaciones de asalariados y de empresarios de espíritu moderno, progresista, elaborarán conjuntamente con los técnicos del Estado un vasto plan económico de recuperación y de fomento al cual den en seguida su poderoso respaldo, en el que se perfeccionaran y coordinaran también las medidas adoptadas hasta ahora para atenuar la crisis?

Ningún partido democrático, ningún gremio consciente, ningún político responsable puede desconocer la gravedad de la actual situación. El proceso inflacionista continúa, sin que se vislumbren claras posibilidades de que su ritmo disminuya en los meses venideros; el alza del costo de la vida, impulsada mucho más allá de los niveles previstos, debido a las maniobras de los especuladores, exaspera a la masa consumidora; las presiones imperialistas sobre la política económica de nuestro gobierno son francamente vejatorias de la dignidad nacional; las contradicciones de las autoridades respecto a las leyes represivas y al ejercicio de los derechos sindicales inquietan a obreros y empleados; la depresión del ánimo colectivo —después de su breve euforia de excesiva esperanza— se torna angustiosa. Mientras tanto, los partidos, los de gobierno y los de oposición, repiten el juego de la política de siempre: juego de niños al borde de oscuros peligros.

Aunque otra cosa piensen maquiavelos de ocasión, **no se puede hacer hoy día una política grande con prescindencia del pueblo, ni menos aun ocultando al pueblo la verdad. Su Excelencia el Presidente de la República ha dicho reiteradamente que no se apartará del pueblo. Así lo esperamos, haciendo fe de su palabra de patriota.** Pero el pueblo no es la masa indistinta y tornadiza que se agita en las manifestaciones oficiales, en las grandes paradas. Es la fuerza organizada en partidos y en gremios. Sólo apoyándose en ella se puede hacer gobierno con capacidad de crear, con sentido de porvenir. Hora es de superar las discrepancias superficiales, para buscar afinidades solidarias; de suspender recriminaciones estériles, para unir esfuerzos

constructivos. Si los partidos de avanzada social comprenden su deber, si están realmente a la altura de su misión, son algo más que empresas electorales; si tienen verdadera conciencia democrática, pronto habrán de estar juntos para bien de Chile y de su pueblo.

He dicho.



## EL SOCIALISMO, UNICO FUNDAMENTO DE LA DEMOCRACIA

Más de una vez, señor Presidente, he expuesto el punto de vista del socialismo, de nuestro socialismo, tanto con referencia al movimiento general de las ideas políticas, como frente a problemas concretos cuya solución reclama la opinión pública. Al término de mi período, me voy a permitir retomar el tema —de un modo brevísimo, en atención a las circunstancias— porque me ha parecido advertir en juicios emitidos por algunos de mis Honorables colegas, en debates recientes, que los fundamentos y alcances del socialismo en la política positiva suelen ser examinados por medio de criterios que no corresponden a su naturaleza.

Por otra parte, me mueve a insistir en esta materia, aunque sea de manera demasiado sucinta, la convicción de que la coyuntura mundial impone severas y honestas confrontaciones de las ideas y los hechos, que permitan adecuar los esquemas doctrinarios del pensamiento político a las conductas reales de las agrupaciones partidistas. La historia, que es vida, es decir, emergencia constante de formas nuevas, rehuye todo encuadramiento en rígidos sistemas. Para ser eficaces, las ideas políticas tienen que ceñirse al ritmo del devenir social; cuanto así no sucede, dejan de ser factores dinámicos para convertirse en estériles dogmas, en fórmulas muertas, en mecánicas consignas.

Una doctrina como el socialismo, que aspira a orientar a las generaciones jóvenes y a determinar las bases de una



reconstrucción social, necesita acaso más que cualquiera otra interpretar el sentido de la época, los valores permanentes que en ella operan y los que le son específicos, para ajustarse a él, con plena conciencia, la perspectiva de una política. ¿Podrá ser el socialismo de nuestros días idéntico al de la segunda mitad del siglo XIX? ¿No se atenta contra su fecundidad histórica al querer encerrarlo en los dogmas de una metafísica simplista, propia de un período de cientismo atolondrado y de utilitarismo sin medida? ¿Carece de virtualidades profundas que se actualicen ideológica y prácticamente en función de las necesidades concretas de la vida contemporánea?

No sería posible analizar ahora tan complejas cuestiones. Pensamos sí, por el contrario, que el socialismo se está realizando en el mundo sin intervención, muchas veces, de los partidos socialistas y al margen de los programas abstractos elaborados por los teóricos, como exigencia perentoria de las transformaciones económicas impuestas por los avances tecnológicos, pero también como imperativo insoslayable de la conciencia moral. Y aquí está, a nuestro entender, la fuente primordial de la vitalidad del socialismo: en que es todavía una esperanza de superación humana. Si él no fuera otra cosa que la racionalización, en términos políticos y económicos, de los impulsos utilitarios y materialistas de las masas urbanas, carecería de verdadera grandeza, de virtud creadora.

Sobre todo en el tiempo que vivimos, tiempo del desprecio, de que hablara Malraux. Desprecio del hombre; desprecio, por lo tanto, de los valores del espíritu, de los cuales es portador y a los cuales, sin embargo, aspira en tensa búsqueda de su plenitud vital; desprecio, en fin, de las potencialidades superiores de una cultura que amenaza desintegrarse bajo el peso de una civilización técnica en portentoso desarrollo. Hay una expresión que revela la tergiversada estimativa predominante en casi todos los círculos sociales: se habla con énfasis ominoso del "capital humano". ¿Podrá llevarse más lejos la degradación de lo humano por la economía?

El hombre ya no es el hombre, en la terminología al uso, aun entre políticos de avanzada: es una cifra de la estadística, un elemento del cálculo de la producción de bienes y servicios, una pieza en el complejo engranaje industrial. Nunca tal vez en la historia universal se había

producido semejante confusión de los medios y los fines, una transmutación tan negativa de los valores vigentes en la convivencia humana. Recursos inventados y perfeccionados por el hombre para mejorar su vida, que es sustantivamente vida social, se han emancipado de su voluntad y, como dice un pensador contemporáneo, "el hombre aparece a la zaga de sus obras; el mundo creado por él se le enfrenta con una independencia elemental".

Así, la técnica, la economía y la política, de simples medios, han llegado a convertirse en fines eminentes. El socialismo —y ésa es la raíz de su fuerza ética y de su significado cultural— tiende a restablecer la subordinación de los medios a los fines y a determinar estos últimos de acuerdo con una jerarquía de valores cuyo eje sea la dignidad de la persona. Aprovechar la técnica, organizar la economía y configurar el Estado de modo que sean posibles, conjuntamente, la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual. Podría decirse, en lenguaje de Toynbee, que el socialismo es una respuesta positiva al desafío de las fuerzas disgregantes del mundo actual.

Planificación económica dentro del Estado democrático con vistas a la dignificación espiritual de la vida humana, tal podría ser la fórmula expresiva del pensamiento socialista. Si ella puede prevalecer como pauta rectora en los viejos países de Occidente, enraizando en su rica tradición cultural que el socialismo aspira a continuar y a superar, ¿tendrá ella algún sentido en los países latinoamericanos, en nuestro Chile? ¿O habrá de buscar una fórmula distinta en virtud de nuestras peculiaridades humanas, sociales y geográficas? Las formas de vidas en que el socialismo se vaya realizando dependerán, por cierto, de las circunstancias nacionales, pero ellas sólo serán auténticas y, por lo tanto, verdaderamente progresivas si están animadas por lo esencial de su espíritu: la dignificación del hombre.

Ningún método de violencia estatal, menos aún la violencia erigida en sistema, es compatible con la índole del socialismo. Puede realizarse por la violencia una cerrada planificación económica que, acortando etapas, haga pasar a un país, en breve plazo, del feudalismo agrario al industrialismo exacerbado, pero ello se hará a costa de una inevitable deformación moral de las nuevas generaciones en el ámbito inhumano del Estado totalitario. El socialismo es revolucionario por sus objetivos, que implican un cambio



radical en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, desde el momento en que procura a valores de vida que exigen el régimen de la libertad.

De ahí que no nos parezca posible separar el socialismo de la democracia. Más aún: sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados. No se trata, por cierto, de la democracia estáticamente concebida, en pugna con el proceso histórico, sino de una democracia viva, que se vaya modificando orgánicamente, de acuerdo con las mudables circunstancias de la existencia colectiva. La democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, tiene que llegar a ser una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral, que es, por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía.

¿Cuáles son, entonces, las tareas inmediatas del socialismo en Latinoamérica y en nuestro Chile? Forman los países latinoamericanos un conjunto de acusados rasgos en lo político, en lo económico y en lo cultural, y a todos ellos, en sus relaciones con el resto del mundo y especialmente con los Estados Unidos de Norteamérica, se les presentan problemas de naturaleza similar. Cabe al socialismo, en esta etapa histórica, contribuir al empleo convergente de las energías nacionales de los países latinoamericanos para alcanzar grandes objetivos que les aseguren una comunidad de destino. Sin salirse de la línea central de su política y sin perder de vista su meta trascendente, el socialismo tiene que actuar, para ello, con criterio realista, liberándose internamente del lastre dogmático que entraba su expansión en amplios sectores de los pueblos y de las juventudes.

La industrialización conforme a plan, la reforma del régimen de propiedad y trabajo de la tierra, el reajuste del sistema institucional democrático, la incorporación de las masas a la actividad cultural, la promoción, en fin, de los países latinoamericanos a un grado de desarrollo que los convierta en sujetos del movimiento histórico, sacándolos de su estado de simples dependencias de la política y la economía de los grandes imperialismos en pugna, sólo pueden lograrse sobre la base de un entendimiento cabal de sus Estados en el plano de la política internacional y de

una integración orgánica de sus economías; todo ello supone fundamentalmente la existencia normal de gobiernos democráticos, con firme respaldo de la opinión pública, de gobiernos que, por ser fieles representantes de sus pueblos, procedan conforme a la identidad de sus intereses.

He aquí el primer deber del socialismo en América latina: esforzarse por la vigencia del régimen democrático, por implantarlo donde nunca ha existido, por restablecerlo cuando haya sido abrogado, por perfeccionarlo si tiende a anquilosarse obstruyendo el progreso social. Aunque sobremanera defectuosa, la actual democracia tiene en sí misma los factores de su perfeccionamiento ulterior. Entre la dictadura y la anarquía tradicionales, polos de la política latinoamericana, el socialismo está decididamente por el régimen de derecho dentro del Estado democrático. Ni aun a pretexto de realizar una política social de avanzada y de sostener actitudes antimperialistas, puede el socialismo comprometerse con gobiernos generados y mantenidos por la fuerza, como varios de los que afrentan la conciencia civil del continente.

La planificación económica dentro de la evolución democrática es, a nuestro entender, absolutamente necesaria para acelerar el desarrollo interno de nuestros países, como lo es también, en dinámica correlación con ella, la complementación de sus peculiares economías en el plano continental. No queremos, los socialistas —en varias oportunidades hemos insistido sobre el particular—, la absorción burocrática de las actividades económicas por el Estado, sino su coordinación técnica, por intermedio de organismos sociales y públicos que representen a los grupos de productores y a la sociedad en su conjunto. Esto supone, mientras no cambien las bases mismas de la estructura social, la subsistencia de la empresa privada y el fomento del capitalismo nacional en cuanto sean factores útiles para el desenvolvimiento orgánico de las fuerzas productivas.

Tampoco podríamos ser adversos a los aportes externos, financieros y técnicos, que vengan a suplir nuestras deficiencias de capitales, de equipos de expertos, siempre que ellos se produzcan en condiciones que dejen a salvo la seguridad nacional. Una política contraria acusaría incompreensión de la dinámica de las realidades mundiales y de la interdependencia básica de los procesos económicos. Nuestra actitud antimperialista tiene, pues, una proyección bien



neta: poner término a la servidumbre de nuestra economía y a sus múltiples efectos negativos y corruptores, sin dejar de utilizar, encuadrándola en una firme política de control de intereses y de influencias, la colaboración multilateral proveniente de países de superior desarrollo. Una política seria y responsable tiene que evitar tanto el desaprensivo entreguismo de ciertos sectores de las oligarquías criollas como la impenitente demagogia de ciertos dirigentes de los movimientos populares.

Señor Presidente, ha sido mi intención subrayar algunos aspectos de la política del socialismo que suelen ser arbitrariamente apreciados y a los cuales me he referido en oportunidad propicia con mayor amplitud. Me asiste el convencimiento de que cuanto contribuya a clarificar las tendencias de las fuerzas políticas es saludable para la democracia, sobre todo en estos días inciertos. Densos problemas se plantean a quienes tienen responsabilidad en el destino colectivo. Las circunstancias políticas y económicas inducen a conjeturas sombrías. La depresión de la moral pública y privada ofrece manifestaciones inquietantes en los diversos círculos de la sociedad y —lo que es sobremañera grave— aun en las altas jerarquías del Estado. Una atmósfera de incuria y desaliento parece embotar los espíritus y paralizar las voluntades. Un generalizado escepticismo de la tónica de la conciencia pública.

Después de sucesivas frustraciones, el pueblo está desengañado, pero alerta. Bajo su aparente indiferencia, se acentúan peligrosas tensiones y cualquier suceso imprevisto puede provocar en él reacciones violentas. Puede, también, encontrar transitoria compensación a sus agobiantes urgencias materiales y espirituales en la ya lanzada campaña presidencial, que le permitirá proyectar más allá de 1958, con su ingenuo mesianismo de siempre, su nunca satisfecha esperanza. Porque la mentalidad del pueblo posee ingredientes mágicos que lo llevan a atribuir poderes excepcionales a los caudillos políticos. Mientras tanto, la vida política se deslizará a la deriva, sin orientación firme y sostenida, siguiendo los vaivenes de ocasionales intereses en torno a las postulaciones a la Primera Magistratura.

Vive Chile —mucho se ha repetido— una crisis de crecimiento. Están en crisis no sólo las instituciones de superficie, las jurídicas y políticas, sino además, las estructuras básicas, las biológicas y morales de la existencia na-

cional. De ahí que ninguna acción aislada, producida en algún sector circunscrito de nuestra realidad, resulte de cabal eficacia, por altamente inspirada que ella sea. La situación en que estamos exige coordinación de propósitos, convergencia de esfuerzos y solidaridad de sacrificios de los que están en condiciones de influir en los órdenes decisivos de la sociedad, especialmente en los políticos y gremiales, donde se presentan los antagonismos de más inmediata repercusión en la opinión pública.

Estamos refiriéndonos a los partidos de avanzada social. De ellos depende, fundamentalmente, que nuestra democracia representativa —de la cual tanto nos enorgullecemos, a pesar de sus graves tergiversaciones— siga su curso regular, perfeccionando las instituciones libres y abriendo cauce a las transformaciones económico-sociales, o vaya a desembocar en conflictos que imposibiliten la continuidad del Estado de derecho. Ya lo dijimos en otra oportunidad sin encontrar eco: es hora de superar las discrepancias superficiales, para buscar afinidades solidarias; de suspender recriminaciones estériles, para aunar esfuerzos constructivos. ¿No son los partidos de avanzada social, coincidentes en sus principios libertarios, en sus tendencias económicas, en sus métodos políticos? ¿No representan en su conjunto la mayoría nacional? ¿Por qué, entonces, no podrían encontrar las bases de una acción común en el Parlamento, ahora, y más tarde en el Gobierno?

No concebimos la política como medio de encumbramientos personales. Tampoco como ocasión de popularidad y vanagloria. Menos aún como empresa de utilización partidista del poder del Estado. La concebimos como actividad de servicio, como severa vocación patriótica. Corresponde a los partidos de avanzada social, a los partidos que tienen la responsabilidad del porvenir, imponer un nuevo estilo en la vida pública, por encima de cualquier subalterno y transitorio cálculo electoral, un estilo de veracidad y rectitud, de ética ejemplar. Esto implica pensar con realismo la situación nacional, dejando de lado perturbadoras ilusiones, y actuar con honradez, prescindiendo de tácticas demagógicas. Uniéndose con semejantes propósitos para realizar una gran política creadora, tendrán los partidos del pueblo el firme respaldo de la confianza ciudadana.



## ACTUACION PARLAMENTARIA DE LOS SENADORES QUE TERMINAN SU MANDATO

El señor MARIN.— Señor Presidente:

El respeto a la opinión ajena es la esencia de la democracia. De ahí que Attlee la definiera como el sistema político que se caracteriza por el respeto a las minorías.

Sin convivencia social, no sólo no puede existir democracia, sino tampoco civilización.

Hay que saber comprender que nadie puede tener siempre un ciento por ciento de razón.

De ahí que la discusión conduce a la luz y que el debate alto y sereno sea el plano más adecuado para enaltecer a la democracia, para servir sus más altos anhelos, que no deben ser otros que el mayor bienestar de la sociedad.

A medida de mis escasas fuerzas, durante los ocho años del periodo parlamentario que termina, traté siempre, desde esta la más alta tribuna de la República, de dar a conocer a mis conciudadanos los fundamentos de la doctrina política que profeso, sin odios ni pasiones, fundándome sobre todo en las realidades humanas más que en las abstracciones ideológicas. He querido, así, aportar a la opinión pública que nos escucha, elementos de juicio para que se nos juzgue con igual serenidad.

En esta lucha ideológica, me cupo la suerte y la honra de tener por contendor a un hombre talentoso y culto, ponderado y sereno, que hoy asiste por última vez al Senado y respecto de quien cumplo el deber de rendirle homenaje de estimación y respeto: don Eugenio González Rojas.

Sin odios ni resentimientos, sin pasión y sin violencia, sin acritudes inútiles —que sólo contribuyen a cavar un abismo entre los partidos antagónicos—, en lenguaje singularmente castizo y hermoso, supo él dar elevación, seriedad, a todos los debates en que tomó parte.

Me es inmensamente grato así decirlo y rendir por ello al noble adversario, público homenaje de admiración y respeto.

Casi no conozco al señor Eugenio González, rarísima vez he dialogado con él, como no fuera en el debate de esta tribuna pública. No es, pues, un sentimiento de amistad el que me mueve a rendirle este homenaje de despedida, sino el reconocimiento a su cultura, a su caballerosidad y a su alta apostura moral en el desempeño de su representación popular.

Alguien, con suma ironía, dijo que el que recibe el aplauso del adversario es, seguramente, porque ha traicionado a su amigo.

Bien saben los socialistas —correligionarios del señor González— que al recibir él hoy el homenaje de sus adversarios, lo hacemos sabiendo que en ningún momento dejó de ser leal, sumamente leal, demasiado leal a su doctrina.

Es el homenaje al caballero, al hombre culto, sereno y correcto que sabe dialogar sin odios con los que no piensan como él.

Con caracteres como el suyo es posible mantener la convivencia humana, esencial para la existencia de una democracia verdadera.

He dicho.

El señor GONZALEZ (don Eugenio).— Pido la palabra, señor Presidente.

Hemos sostenido con el Honorable Senador por Atacama y Coquimbo varias y extensas polémicas; hemos sido leales y contumaces adversarios. El ha defendido con brillo y sinceridad sus convicciones; yo he defendido también las mías, no por cierto, con brillo, pero sí con sinceridad. El señor Senador acaba de expresar conceptos sumamente elogiosos para mi persona y mi actuación, que íntimamente me conmueven. Presunción sería grande de mi parte, considerarlas, en lo que tienen de referencia a mi persona, de otra manera que como una fina muestra de cortesía parlamentaria, pero sí quiero destacar que ello me parece implicar una adhesión a la forma de entender y practicar la convivencia política que he tenido.

Me parece que en una corporación como el Senado, debe prevalecer, como él muy bien lo ha dicho, un espíritu de elevada tolerancia, de mutuo respeto y un afán de sincera comprensión de las opiniones ajenas.

Al agradecer las palabras de mi honorable colega, hago votos, señor Presidente, por que ese espíritu que ha prevalecido siempre en los debates del Senado se mantenga en ellos, para prestigio de nuestra democracia.

Nada más.



**RAUL AMPUERO DIAZ**

**Senador por las provincias de Tarapacá y Antofagasta.  
Secretario General Ejecutivo del P. S. P.**

## **CARACTER DE LA REVOLUCION CHILENA**

El socialismo, como tendencia diferenciada del comunismo, surgió en Chile hace veinticinco años y tuvo, de inmediato, un desarrollo sólo explicable por circunstancias históricas muy propicias. Aquí, como en cualquier lugar del mundo, las ideas políticas se transforman en movimientos sociales de gran magnitud cuando existen condiciones objetivas que justifican su presencia, cuando responden a aspiraciones profundamente sentidas por las masas, determinadas por el grado de evolución de las fuerzas productivas y por los obstáculos sociales que encuentran para indefinida expansión.

### **UNA NUEVA CONCEPCION SOCIALISTA**

Pero, si bien un socialismo genérico y más o menos amorfo, relativamente diferenciado del comunismo, daba nueva expresión al movimiento popular, su éxito definitivo dependía de la forma en que interpretara su misión, en el campo teórico, y de su adaptación estratégica a las condiciones concretas en que le tocaba desempeñarse.

Desgraciadamente, por muchos años se abandonó todo esfuerzo por definir las cuestiones básicas. Trasplantamos mecánicamente a nuestro país ideas y consignas de filiación colectivas, extraídas de diferentes escuelas, con lo cual aplazamos, por una parte, toda tentativa de analizar



con métodos verdaderamente marxistas nuestra realidad nacional, y, por otra, incorporamos a la vida del partido posiciones teóricas antagónicas, germen original de todas las divisiones sufridas por el socialismo chileno. Resulta penoso constatar cómo, en nombre del marxismo, durante años nos hemos destrozado, sosteniendo posiciones del más puro corte idealista.

La experiencia viva de la lucha social nos obligó a reaccionar. Primero, en forma más o menos inconsciente, comenzó a expresarse una nueva actitud ante los acontecimientos políticos inmediatos, pero luego hubimos de darnos cuenta que ella debía cimentarse en un replanteamiento total de los problemas fundamentales de la revolución chilena.

### PLANTEAMIENTOS FUNDAMENTALES

Muchas veces, desde 1945, hemos avanzado ciertas formulaciones fragmentarias acerca de la materia, pero hasta hoy carecemos de una exposición orgánica de sus líneas principales, aún cuando ellas, en cierta medida, se han incorporado a lo que pudiéramos llamar la mentalidad del partido. Sin perjuicio de que alguna vez se llene completamente esta necesidad, creo conveniente hacer un breve resumen de los principales conceptos teóricos que han determinado la conducta del socialismo popular en los últimos veinte años.

Pese a que dos calificativos no son del todo exactos ni aplicables a todas las áreas, se ha definido nuestra economía como semifeudal y semicolonial. Probablemente sea éste un aserto de aquellos que no requieren discusión en un congreso del partido. Sabemos de qué manera subsisten, en el campo, los rasgos esenciales de la encomienda española; la magnitud de los latifundios; el cultivo extensivo; las formas indirectas de explotación rural; los métodos anticuados de cultivo; las condiciones elementales de vida de los trabajadores agrícolas, en fin, todos los factores característicos de una economía pre-capitalista. Conocemos, igualmente, la estrecha dependencia de Chile con relación a las inversiones y el mercado norteamericanos; su calidad de país monoprodutor, el trato excepcional que reciben aquí las grandes empresas extranjeras, la estructura colonial de su comercio exterior, su capitalización fundamen-

talmente basada en recursos foráneos, todo lo cual se proyecta en una mutilación real de su soberanía política.

Para un marxista no es difícil deducir cuáles son, en consecuencia, las clases dominantes y, por tanto, conservadoras, en el más fiel sentido de la palabra: la oligarquía agraria, los sectores sociales vinculados al imperialismo, todos los integrantes del sistema bancario, industrial y comercial, que tienen por plataforma la estructura económica actual de la nación.

Los observadores desprejuiciados, y con mayor razón los socialistas y los hombres de criterio avanzado, saben que el sistema ha llegado a un punto crítico en su evolución natural: no es posible expandir la economía chilena, desarrollarla cuantitativa y cualitativamente, en términos apreciables, lograr un progreso rápido de las fuerzas productivas, sin cambiar profundamente sus bases estructurales.

Esta es, en su más puro sentido, una tarea revolucionaria. Significa despojar del poder político a las clases dominantes y reemplazarlas por otras, actualmente explotadas o dominadas, pero capaces de colocar al país sobre cimientos nuevos y de inaugurar una fase de transformaciones radicales.

### OBJETIVOS Y NATURALEZA SOCIAL DE LA REVOLUCION

Expresados positivamente, los objetivos económicos que se propone la revolución son, por tanto, la reforma agraria y la liberación nacional anti-imperialista. Allí donde el latifundio impone su sello a la producción rural, debe ser reemplazado por una redistribución de la tierra entre pequeños propietarios, sujetos a programas nacionales de cultivo. Las empresas extranjeras deben ser nacionalizadas. Tal es nuestra misión inmediata reducida al más elemental de los esquemas.

Son, también, los rasgos característicos de la "revolución democrático-burguesa", —según la clásica terminología marxista—, definidos desde un ángulo económico: consolidación del estado nacional y eliminación de la clase terrateniente. En todos los países desarrollados, esa lucha fue conducida por la burguesía en ascenso, transitoriamente aliada a los siervos, a los artesanos y al proletariado en



formación. Políticamente, su victoria trajo consigo una nueva forma de la democracia, enunciada, esta vez en los planos jurídico y filosófico como la más alta universal y definitiva expresión de la convivencia colectiva.

Como antítesis y sucesora natural de esta fase histórica Marx enunció su teoría de la revolución proletaria y socialista, destinada a eliminar las clases sociales y, eventualmente, el Estado. Debería realizarse, bajo la dirección de los obreros industriales, para entregar a la comunidad entera el dominio de los medios de producción.

Sin embargo, en el caso chileno, y generalizando, en casi todos los países coloniales y dependientes, la realidad es mucho más compleja. Nuestra burguesía nació con un campo de operaciones limitado y subsidiario de las grandes empresas foráneas. Porque nunca tuvo el poderío necesario para abordar inversiones de gran magnitud, en lugar de rivalizar con el capital imperialista, estableció con él una estrecha asociación de intereses, más o menos complementarios. En tales condiciones —a las que se añaden otras que la vinculan a la clase de los poderosos propietarios rurales—, está orgánicamente incapacitada para cumplir las tareas revolucionarias que tomó en sus manos en las naciones maduras.

Ha dado, es cierto, uno que otro líder de relieve en las crónicas americanas, pero los protagonistas de todos los movimientos libertadores han sido la clase obrera, los indios y campesinos.

### PAPEL DE LA CLASE OBRERA

Esta es la primera lección que se desprende de cualquier estudio: la burguesía no es, en nuestros países, una clase revolucionaria. Lo son, en cambio, los trabajadores industriales y mineros, los campesinos, la pequeña burguesía intelectual, los artesanos y operarios independientes, todos los sectores de la población cuyos intereses chocan con el orden establecido. Y en este conjunto, cada vez juega un papel más determinante la clase obrera. Por su organización, su experiencia sindical y política, su sentido de clase, es el núcleo más resuelto de la lucha social.

Ahora bien, una clase que asume la misión históricamente abandonada por otra, necesariamente le imprime sus propias características, le da un alcance de mayores proyec-

ciones, le introduce modalidades propias de un estado más avanzado y radical. No puede tener la misma fisonomía ni igual contenido la revolución capitalista y burguesa realizada, bajo el mando de la burguesía, que si ella se desencadena y es conducida por los trabajadores, o más específicamente, por la clase obrera.

### NACIONALIZACION Y SOCIALISMO

En efecto, las “nacionalizaciones” no serán un mero desplazamiento patrimonial de las manos extranjeras a las de los ciudadanos particulares del país, sino que ordinariamente se incorporarán al dominio del Estado, y en su gestión se afecta, de uno u otro modo, el control obrero, como en el caso reciente del estaño boliviano. La tierra será redistribuida, pero, mediante sistemas comunitarios de explotación —casi siempre de raíces autóctonas— o bajo formas cooperativas de diferente desarrollo, se buscarán las bases jurídicas que, acompañadas de una mecanización intensiva, faciliten la evolución hacia modalidades colectivistas más avanzadas.

Agregamos a todo esto las fuertes tendencias hacia la estatización de múltiples actividades monopolistas ejercidas por nacionales, que se hacen sentir en todo el continente, y la dinámica actuación que se le asigna al poder público en el planeamiento integral de la economía, incluidos los sectores privados, y deberemos convenir en que la revolución americana, cuyos objetivos sustanciales venimos enunciando, es fundamentalmente agraria y anti-imperialista, pero tiene simultáneamente un evidente sentido socialista, derivado de la preponderante participación del proletariado en su dirección política y de su tendencia consecuencial a buscar formas primarias de propiedad colectiva. Hasta podríamos añadir que su finalidad únicamente se logra con plenitud en la misma medida en que subsiste la orientación socialista y se acentúa gradualmente la hegemonía de la clase obrera.

### REVOLUCION Y DEMOCRACIA

Jamás me he explicado por qué nuestros teóricos entregan a la burguesía títulos exclusivos sobre la democracia. Para mí, toda revolución es esencialmente democrática, así como toda contrarrevolución es esencialmente anti-



democrática. Es claro que cuando ella adquiere contornos sociales, alguna clase debe sucumbir: en el orden económico, porque se destruye su base material; en el orden político, porque se le niega el derecho a gobernar. Pero no por eso la revolución pierde su carácter democrático, desde que se traduce siempre en una ampliación real de la soberanía popular. Indiscutiblemente, para sus adversarios no será lo mismo: ni la nobleza feudal pudo aceptar la guillotina como símbolo de la democracia, ni lo han sido para la burguesía rusa los decretos de expropiación, pero estamos examinando el problema con un criterio, si se quiere, histórico y objetivo.

Con mayor razón será la americana una revolución democrática. Pese a la consagración constitucional de los más avanzados principios libertarios, en los hechos América es un continente de dictaduras desembozadas o encubiertas, donde jamás se ha conocido por largo tiempo y en toda su amplitud el funcionamiento de las instituciones representativas.

No sé hasta qué punto expreso el pensamiento del partido, pero quisiera resumir el mío acerca de los objetivos y la naturaleza de la revolución chilena, en los términos siguientes: es una revolución democrática de los trabajadores manuales e intelectuales, orientada hacia el socialismo, y destinada, en su primera fase, a liberar a la nación de toda dependencia extranjera y a eliminar las formas feudales de explotación agraria.

Casi todo lo dicho vale para la generalidad de los países hermanos de América Latina. En un grado u otro, están sometidos al imperialismo y a los terratenientes, sin perjuicio de la existencia de condiciones internas peculiares que, naturalmente, exigirían una adaptación relativa de las conclusiones anteriores. Este solo hecho bastaría para encarar sus luchas como un proceso unitario, integrado en un gran movimiento de liberación continental. No obstante, más allá de las consideraciones sociológicas, lo que exige una teoría común, una estrategia común, es, por una parte, la circunstancia de que todos ellos se mueven en la órbita del poder norteamericano, por otra, la certeza de que sólo unidos podrán alcanzar su independencia, vale decir, la condición primaria para su progreso.

## PROCESO DE LA ACCION ANTI-IMPERIALISTA

Hablamos de anti-imperialismo, pero es preciso preguntarse: separadamente cada país, ¿tendrá la fuerza necesaria para conquistar su libertad nacional? ¿O deberemos esperar que los Estados Unidos sean un estado socialista, para lograr esa finalidad? Ninguna de las dos cosas. Creer lo primero es puro romanticismo político; afirmar lo segundo es derrotismo contrarrevolucionario, peor aún, insensata aspiración de derrocar al capitalismo yanqui desde el sur de Río Bravo, doctrina que tiene sus devotos partidarios, como se ha visto en los gestos suicidas del nacionalismo portorriqueño.

Como todo conflicto humano, la lucha antiimperialista es un proceso dinámico, antes que un dilema formal. Es una pugna de fuerzas contradictorias, muy difícil de resolverse en términos categóricos, dejando un vencedor y un vencido.

En nuestros días, por ejemplo, comprometidos los Estados Unidos en una disputa por el predominio universal con la Unión Soviética, acentúa su tendencia a la hegemonía hemisférica por consideraciones político-militares absolutamente objetivas, hasta el punto de atropellar doctrinas, formalidades diplomáticas, normas de ética internacional, etc., en cuanto parezca estorbar sus planes de expansión y su particular sentido de la seguridad. En tales condiciones, la inercia de los gobiernos, su pasiva adaptación al sistema, es algo peor que mantener el statu quo, es caminar hacia el colonialismo bajo la apariencia de compromisos igualitarios y multilaterales.

Cada nación, individualmente, algo puede hacer por su propia independencia, como lo comprueban los casos de Guatemala y Bolivia, pero los resultados serán escasos o tendrán que pagar por ellos un alto precio.

## UNIDAD EN LA LUCHA CONTINENTAL

Por eso, la única alternativa lógica es la unidad. Unidad de los movimientos nacionales de liberación, primero, y unidad de la política económica y exterior de los estados, en seguida. Unidad para fortalecer la resistencia popular contra las diferentes formas de penetración imperialista y



para constituir un sistema económico regional, destinado a reemplazar la actual servidumbre de la América Latina respecto de los Estados Unidos por relaciones equitativas y justas entre comunidades libres y soberanas.

Tanto los procedimientos adecuados para organizar la defensa de las materias primas de las regiones subdesarrolladas, como las líneas directrices de una política de integración económica, son materias extrañas a los modestos límites de este informe. Pero debemos insistir en la necesidad de diseñar una teoría general, válida para todos nuestros países, una sola estrategia de batalla, y en establecer un comando operativo de tipo continental.

Por lo que se refiere a la teoría, no se trata de inventarla en la esfera de las divagaciones abstractas. Las concepciones marxistas, particularmente sus métodos de interpretación de la realidad tangible, nos proporcionan los elementos básicos, siempre que se utilicen como un guía para la acción y no se acepten en calidad de dogmas metafísicos. Su confrontación dialéctica con la práctica social y las experiencias de la lucha de clases de Indoamérica, debe darnos un conjunto de conclusiones altamente positivas. Probablemente recién en nuestro tiempo sea posible contar con los materiales imprescindibles para enunciar una verdadera doctrina revolucionaria.

Las ventajas que se lograrían están lejos de ofrecer un interés meramente intelectual. Por el contrario, nuestra acción militante ganaría en claridad de perspectivas y en seguridad política, evitando el empirismo en que incurren con frecuencia nuestros partidos, empirismo que los arrastra muy a menudo a degenerar en simples grupos izquierdistas nacionales, más preocupados de las tímidas reformas inmediatas que de cumplir una misión trascendente.

Si, además, concebimos la lucha en términos continentales, sabremos asignarle a cada acontecimiento doméstico su verdadero valor y seleccionar las tareas de apoyo y solidaridad susceptibles de asegurar la victoria en los lugares decisivos. No encuentro nada más trágico hoy día que la incomprensión que encuentran en ciertos medios socialistas los procesos políticos de Bolivia y Guatemala. Al calificarlos de fascistas o stalinistas, sin desentrañar su verdadera fisonomía histórica, se corre el riesgo de desestimar dos frentes en que está jugándose nuestro propio destino colectivo. Es posible que existan discrepancias ideoló-

gicas o tácticas de alguna entidad entre nosotros y esos movimientos, como seguramente los hay con respecto al Partido de Liberación Nacional de Costa Rica o el aprismo peruano, pero carecen de importancia en la estrategia global del anti-imperialismo.

En suma, ninguna comarca de territorio americano logrará por sí misma los objetivos de la revolución agraria y nacional; sólo Latino América Unida podrá alcanzarlos en su plenitud.